

The book cover features a textured blue background with several green, stylized, insect-like creatures. These creatures have rounded heads with small antennae and simple, elongated bodies. The bottom of the cover is decorated with vertical brushstrokes in shades of green and yellow, suggesting grass or foliage. The text is positioned in the upper left and lower portions of the cover.

Bernarda Pagés

LA FAUNA DIVINA

PRIMER PREMIO
FONDO NACIONAL
DE LAS ARTES

INTERZONA

Bernarda Pagés

LA FAUNA DIVINA

INTERZONA

INTERZONA

Pagés, Bernarda

La fauna divina. - 1a ed. - Buenos Aires : Interzona Editora,
2014.

192 p. ; 21x13 cm.

ISBN 978-987-1920-74-7

1. Narrativa Argentina. 2. Novela. I. Título
CDD A863

© Bernarda Pagés, 2014

© interZona editora, 2014

Pasaje Rivarola 115

(1015) Buenos Aires, Argentina

www.interzonaeditora.com

info@interzonaeditora.com

Coordinación editorial: Brenda Wainer

Diseño de maqueta: Gustavo J. Ibarra

Composición: Hugo Pérez

Ilustración de tapa: Verónica Pagés, 2008

Corrección: Agustina Pulfer

ISBN 978-987-1920-74-7

Impreso en la Argentina. *Printed in Argentina*

Este libro fue distinguido con el Premio del Régimen de Fomento a la Producción Literaria Nacional y Estímulo a la Industria Editorial - Fondo Nacional de las Artes - Año 2012, jurado integrado por Matilde Sánchez, Daniel Guebel y Juan Ignacio Boido.

No se permite la reproducción parcial o total, el almacenamiento, el alquiler, la transmisión o la transformación de este libro, en cualquier forma o por cualquier medio, sea electrónico o mecánico, mediante fotocopias, digitalización u otros métodos, sin el permiso previo y escrito del editor. Su infracción está penada por las leyes 11.723 y 25.446.

PRÓLOGO

EL LATIDO ORIGINAL

Soy un pulso en formación. Puedo sentirlo.

El embrión todo lo sabe en su cálido mundo convulsivo.

Estoy latiendo al ritmo de mi madre mientras mi cuerpo comienza a formarse. Soy la génesis de aquella que seré. La forma original que no distingue miembros, ni órganos, ni partes.

Soy completa por un instante. Pero mi célula primigenia sabe que guardo el vulgar secreto de la deformidad. Apenas un embrión, pequeño e inseguro, que oculta en sí la tortura que será su vida.

Puedo sentirlo, a mi pesar.

Puedo reconocer que soy fruto del desamor y la ignorancia.

Mas quisiera este cuerpo que aúlla por sus órganos que se mal forman, este cuerpo que ya implora la piedad... mas quisiera no saberse basura del mundo. Porque aquí, en la vacuidad del vientre de mi madre, mientras late la forma que no se completará, la mano que no existirá y este cuerpo que vivirá solo como desecho inútil... aquí donde la verdad es tan cruda como la muerte, en este laberinto de orfandad donde el mundo aún no me reconoce... aquí sé que más allá de toda deformidad: soy Dios, soy parte del misterio, soy la llave que abre todas las puertas.

Sí. Aquí lo sé. Pero en la vida humana, mi cuerpo contrahecho no lo sabrá nunca.



LIBRO PRIMERO

PROPEDÉUTICA DE LA FE

I

Tomó los hábitos ya madura. Treinta y cinco tenía cuando se consagró. Hija de la talidomida, una pastillita inocente que daban a las embarazadas para calmar las náuseas allá por los cincuenta y que resultó un veneno que no mataba pero deformaba, Perla nació con una rara mezcla de monstruosidad y belleza: un rostro blanco de ojos negros, hundido entre los hombros a falta de cuello, y un cuerpo minúsculo de caderas tan anchas que la ropa requería dos largos de tela. Uno de sus brazos parecía normal, sobrepasaba su pubis y ella lo bamboleaba al caminar para darle impulso al cuerpo; el otro no existía, en su lugar, solo una manito de seis dedos brotaba de su hombro.

Nada más verla, uno fruncía los ojos. “Pobrecita”, era el pensamiento.

No así para Perla, que altiva y orgullosa caminaba cual esperpento por Diamante, su pueblo, como si nunca se hubiera mirado al espejo.

Tal era su deformidad que la madrugada en que nació la abuela Edelmira cayó redonda al piso ante tan aciaga visión. Tuvo que socorrerla la partera, luego de poner en brazos de la madre al adefesio parido.

Así era la abuelita, ella siempre estaba por delante de las peores tragedias.

Sin embargo, pasado el primer impacto y sin perder tiempo, Edelmira convocó al cura para que bautizara al angelito –como llamó a su nieta, fingiendo un amor incondicional–, con la ilusión de poder matar dos pájaros de un tiro.

La vieja especulaba, ninguna zonga, con que la débil fuerza con la que Perla había nacido se quebraría en pocas horas, despidiéndola así del

mundo de los vivos. Por suerte ya tenía al cura para los dos sacramentos, un viejo lavabo en desuso para pila bautismal y un féretro pequeño que encargó en la Cochería de Rogelio, por si acaso Dios se apiadaba y se la llevaba rapidito. Eso sí, ya con el agua bendita en la frente y la extremaunción conferida.

—La señal de Dios, la lucecita que marca que somos sus siervos —explicó Doña Edelmira a su hija que aún seguía en la cama ensangrentada, aguardando que saliera la placenta—. Hay que bautizar rápido al angelito, ponerle la marquita divina en la frente, así feíta como es, para que Dios, en caso que se muera, la acepte. No te olvides... —deslizó en susurros para cuidar que nadie la escuchara— que la nena es hija del demonio...

El “demonio”, como murmuraba el pueblo entrerriano, al que todos saludaban cortésmente mientras callaban la impotencia de su abuso. El “demonio”, dueño y señor, que había tomado prestada la virginidad de Sofía a cambio de una modesta pensión que su madre cobraba mes a mes. Eso sí, siempre que la niña mantuviera las carnes firmes y los peces del Paraná aumentaran los caudales de la pescadería Mejillón, donde Don Ernesto invertía la fortuna familiar, haciendo la diferencia gracias al dorado y al surubí.

El engendro parido puso fin a la lascivia del viejo que, lejos de hacerse cargo, trasladó sus ojos a una nueva adolescente cuyos pechos comenzaban a florecer. Sofía ya era una mujer, ya había concebido. Y para Don Ernesto las mujeres eran sagradas.

En contra de los vaticinios de Doña Edelmira, Perla no solo sobrevivió a la primera noche bautismal sino que creció sana, bien sana, a pesar de su deformidad.

Sofía, su madre, dedicó su corta vida a criar con amor y devoción a su Perlita preciosa que, escondida en una concha fea y rugosa, seguía creciendo en ancho pero apenas centímetros en alto.

El pueblo de cara al Paraná remodeló su puerto internacional de la mano de Don Ernesto, que recorría las calles de Diamante en su auto último modelo traído de Europa en el barco piscícola.

Perla lo veía pasar y el viejo corría la mirada para ignorar a la enana —así la llamaba— que fijaba su mirada en él con ojos cariñosos.

Había sido Doña Edelmira quien clavó la puñalada. Un atardecer de noviembre, a pesar de los intentos de Sofía de esconderle a la niña la identidad de su padre, la abuela gritó el nombre de Don Ernesto a viva voz, no solo para que lo supiera su nieta sino para que el pueblo dejara de enmudecer. Esos fueron los primeros indicios de su demencia. De nada sirvieron.

Diamante vivía gracias a los puestos bien pagos de la pescadería Mejillón; y nadie era capaz de enfrentar al viejo. Menos por Sofía —la marinerita que dio el mal paso, como cuchicheaban riéndose sus compañeras— que era tan solo otra de las tantas mujeres que separaba los pescados según su origen: una bolsa, para el dorado; otra, para el surubí; una más pequeña para el pacú y una última para las bogas, que miraban con ojos lastimosos como diciendo: “A nosotras también nos han asesinado”.

La mañana que Sofía pidió trabajo para su hija, Don Ernesto la relojeó, cerró la puerta de la oficina y recordó viejos tiempos a cambio de un puestito de mala muerte para anotar la llegada de los barcos en el puerto.

—No se necesita ni manos, ni altura, ni inteligencia para anotar esas estupideces —pensó el viejo mientras se relamía, sorprendido por la dureza de las carnes de Sofía—. Al fin de cuentas, sangre de mi sangre, la enana algo de cerebro debe tener.

Así fue como Perla, florecidos los quince, comenzó a bambolear su metro veinte entre los muelles y silos. La pobre no solo olía como su padre, a dorado y surubí, sino que había heredado la repugnante manera de tratar a los empleados portuarios como si fueran sus esclavos.

De todos modos la gente la miraba con piedad. Tan deforme y tan fea que daba pena, nadie podía sospechar que se retorciera de maldad cual serpiente venenosa.

—Con ese cuerpo seguro el almita es pura —comentaban las vecinas.

—Dios trae al mundo estos monstruitos para limpiar los malos espíritus —insistían murmurando.

Pero Perla, en cambio, empapada de ese halo de misericordia de pacotilla, caminaba por el pueblo arrastrando su mirada de cordero degollado mientras en su interior la impiedad la carcomía. Su monstruosidad no solo acaecía en su cuerpo malformado, no. Dentro, muy dentro, en lo recóndito de su corazón, cautivo y resentido, su espíritu bramaba los peores insultos.

Vieja inmunda de olor fétido, declamaba su profundidad, mientras la sonrisa se dibujaba en sus labios, al pasar frente a Concepción, la vecina senil que baldeaba la vereda hasta diez veces al día. O prostituta barata, cuando la coincidencia en la plaza del pueblo la obligaba a saludar respetuosamente a Teresita, la nueva amante de Don Ernesto, que con sus pechos prominentes y la boca babosienta sacaba suspiros a cuanto hombre la miraba.

Teresita, promiscua, basura, puta con sífilis, inmundicia, degenerada, mierda, mierda putrefacta.

Así, una y otra vez, con su rostro blanco impoluto y la sonrisa pura y casta que Sofía le había enseñado, Perla reptaba con el cuerpo y el alma: sus dos miserias.

* * *

Veinte años había cumplido cuando su madre murió.

Cayó seca sobre la bolsa de los surubíes.

La abuela Edelmira convocó a las hermanas Rubí, legendarias en el Paraná por ser gemelas y de profesión: lloronas. Las pobres eran como dos ánimas en pena que deambulaban de velorio en velorio, lacrimosas y solemnes, buscando un muerto para llorar. La gente del pueblo contratava el servicio más por piedad que por necesidad. Igual ellas realizaban su ritual a la perfección. No comprendían que llorar a los muertos ya había pasado de moda. El lamento desconsolado era cosa de otras épocas. Ahora la muerte se sufría después, cuando uno se daba cuenta que había sucedido.

La vida iba más rápido.

Como fuera, estoicas en su rol, las hermanas Rubí acompañaron el féretro durante la larga noche del velorio. Lloraban de verdad, ni siquiera cobraron. Hasta Doña Edelmira se emocionó. Daba pena ver a la pobre deforme estirarse en puntas de pie para ver a su madre cadavérica. Una de las hermanas le acercó un banquito y la ayudó a subirse. Y así, acodada en el cajón, la enanita lloró y lloró sin consuelo hasta que el sol despuntó.

A la madrugada Don Ernesto apareció por el velatorio. Se acercó al cajón, besó en la frente a Sofía y sin mirar a su hija, apoyó sobre su manito de seis dedos un sobre arrugado.

Perla tampoco lo miró, pero reconoció su olor. Los dos eran iguales. Apestaban a dorado y surubí. Nunca logró sacarse ese hedor. Ni el jabón, ni la cáscara de papa, ni la lavandina, pudieron con él.

Pasados apenas seis días de la muerte de su madre, todavía con la tierra fresca, Perla partió de su casa.

Sin soltar el sobre arrugado que le diera Don Ernesto, huyó de Diamante, sin mirar atrás.

Solo una vez regresó, ya consagrada a Dios, a despedir a Doña Edelmira que por fin había partido, y a enfrentarse a la fortuna que la pescadería Mejillón le había dejado como herencia.

Herencia de sangre que años después Don Ernesto reconoció en su lecho de muerte, antes de exhalar su último hálito de vida.

¿Disfrutaste el libro que comenzaste a leer?

Podés adquirirlo en www.interzonaeditora.com y en cientos de librerías.

Gracias por apoyar con tu lectura y recomendaciones este proyecto editorial.

interZona es una editorial literaria independiente fundada en Buenos Aires en 2002 que se ha convertido en uno de los espacios de publicación más innovadores y reconocidos de Latinoamérica por la diversidad de autores y de títulos que publica.

En **interZona** verán reunidos a escritores noveles con otros ya consagrados; a los de habla hispana con los de otras lenguas; a los poetas con los ensayistas, los dramaturgos y los novelistas; en suma, a todos aquellos que hacen posible una conversación de voces múltiples, desprejuiciada, vivaz, arriesgada, pero siempre orientada por el estilo y la marca de calidad con la que intentamos perfilar nuestra línea editorial.

INTERZONA